

*Me volví hacia la extensión de tierras y me pregunté hasta dónde ir. Exactamente la misma pregunta que me hice antes, cuando nadaba en el océano. ¿A partir de qué lugar es peligroso seguir alejándose? Y comprendí que uno se lo pregunta cuando ya empieza a creer que ha ido demasiado lejos.*

Sam Shepard, *Crónicas de motel*.

La preocupación fundamental del escultor es la materia, la superficie tridimensional a la que dará forma. Mediante una serie de decisiones y acciones el escultor provoca una manifiesta metamorfosis, que es el núcleo del proceso creativo. Esas decisiones y acciones se mueven lentamente de un pasado convertido en memoria a un indefinible futuro todavía sin perfilar, y regresan de nuevo, a través de la experiencia del autor, para definir la forma. (La secuencia de decisiones y acciones está encaminada a transfigurar la materia; la materia, pese a las decisiones y acciones, permanece; se trata de la clave que dota de continuidad a estas complejas negociaciones sobre sí misma.)

Algunos escultores tratan de densificar la superficie, creando ilusiones que transforman la materia en su propio fantasma. Para otros la materia sirve de escenario para plantear dramas y comedias; otros tratan de disfrazar la superficie mediante profusiones de formas.

Las exigencias del tratamiento de la materia constituyen una insondable parte del proceso, más allá de determinar el movimiento, el peso, la viscosidad o la opacidad del resultado final. Alonso Márquez bucea en las posibilidades expresivas de la materia y su elaboración (hierro, bronce, cobre, poliéster, fibra de vidrio...), para extraer de allí las

formas que corresponden con más exactitud a las ideas, sensaciones y emociones nacidas de su confrontación con la realidad. La realidad física es la base para la construcción de una forma plástica que no solamente exprese sus características visuales, sino también sus sugerencias psicológicas e imaginarias. Quizá este último rasgo, la imaginación, sea uno de los puntos más destacados de este artista.

Pero la imaginación no surge de la nada. En el caso de Alonso Márquez su punto de partida es la intensidad y el entusiasmo con los que contempla la vida cotidiana; el punto de llegada es su capacidad de indagación sobre su propia imaginación. Imaginación destilada. Resultado: elegante fantasía visual.

Esculpir significa comunicar. En el pasado remoto esta comunicación tenía como interlocutor lo desconocido. En el pasado remoto esa comunicación era una especie de plegaria. El conocimiento del mundo era ínfimo (en comparación con el que disfrutamos/padecemos hoy en día); todo ese desconocimiento estaba recubierto de fe, como si fuera la piel que envuelve la carne, una película protectora. La fe era una necesidad para dotar de explicación a los sucesos y procesos del mundo, y no sólo para vivir, sino incluso también para morir y efectuar el último viaje en las condiciones óptimas para garantizar una buena vida de ultratumba. Esta necesidad es una nota común a todas las culturas antiguas, independientemente de su localización geográfica y de los rituales particulares de cada cultura. De aquella necesidad (que aún hoy en día, en muchas partes del mundo, estamos lejos de ver satisfecha en su totalidad) nacieron el misticismo y las religiones. Y aunque sólo queden los residuos(?), también de ella nació el arte.

Hace tiempo que vivimos en una sociedad en la que el receptor de la obra de arte es cualquiera que tenga un mínimo de interés o curiosidad. La facilidad en el acceso a la información mediante las nuevas tecnologías permite que desde la pantalla del ordenador se pueda visitar una exposición que se está celebrando a muchos kilómetros de distancia. Una escultura contemporánea puede ser creada como respuesta (o pregunta) al momento en que vivimos,

o a los problemas y características de una época, o simplemente a la visión subjetiva del autor, pero de esa escultura se pueden extraer conclusiones estilísticas.

Sólo tenemos que mirar atrás: en las esculturas cicládicas y también en Giotto, en las piezas escultóricas del África negra y también en Cézanne, en la obra de culturas ancestrales, como la china, la mesopotámica, la egipcia e incluso la mexicana, y también en Miguel Ángel y Brancusi y Picasso y Giacometti, se puede llegar a ver una articulación de formas reducidas a lo esencial.

Ése es el camino por el que transita Alonso Márquez, y lo hace con paso firme, asumiendo riesgos, dejando que su propia obra evolucione ante su atenta mirada, siendo el primer sorprendido por el resultado de esa evolución. Así, la serie *Laberintos*, un hermoso canto a la soledad, fragilidad y desesperanza del ser humano (hay dos tipos de *Laberintos*: los lineales y los circulares. Ninguno tiene escapatoria. En los últimos la salida no es una premisa, ya que infaliblemente el personaje volverá una y otra vez sobre sus propios pasos. En los primeros la salida significa el fin del camino, con la carga de dramatismo que impone el precipicio) ha encontrado su continuidad en la serie *Dameros*. El espíritu lúdico, la serenidad y el equilibrio sostienen a los mismos personajes que antes estaban sujetos a la insondable fuerza cósmica frente a la que era inútil ejercitar cualquier tipo de resistencia. En ambas series, así como en el conjunto de su obra escultórica, los personajes de Alonso Márquez están dotados de una alta dosis de expresividad, debido a (o quizá a causa de) su acentuado esquematismo.

Para que se produzca el reencuentro primero tiene que existir el desencuentro, la distancia, la separación; la separación de lo que uno ama o estima siempre resulta dolorosa; el reencuentro zanja ese dolor, dándole la vuelta, convirtiéndolo en su antónimo. El paso que va de uno al otro es el que constantemente recorre Alonso Márquez, en ambas direcciones, como si lo hiciera por primera vez, con las sensaciones de cada estado de ánimo a flor de piel.